

Por eso yo no leí *El sabor de la tierra*, sino que le sentí, y por eso ahora no le juzgo, sino que traslado al papel la impresión de placidez y de bienestar que me causó, sin ponerle peros, porque, á mi entender, no los tienen ni aquel paisaje ni aquellas gentes.

Reciente está el éxito ruidoso de *Pedro Sánchez*. Aun los críticos que no hace mucho tiempo hablaban de los *verdores* de Pereda, y como que se resistían á considerar sus obras perfectamente *maduras*, se han rendido ante *Pedro Sánchez*, encontrando para ella un caudal de elogios que ciertamente no habían desperdiciado al juzgar *Los hombres de pró* ó *El sabor de la tierra*. Confieso que la unánime y entusiasta aprobación, diré mejor, la alabanza sin restricciones que ha coronado á *Pedro Sánchez*, ha sido para mí como para su autor una verdadera, aunque agradable sorpresa.

Era la primera vez que Pereda abandonaba aquél su «huerto hermoso, bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres,» como dijo de perlas Emilia Pardo Bazán. Temíamos el autor y yo que pareciese esta novela con-

junto de reminiscencias algo pálidas ó de adivinaciones remotas, y que la ausencia del modelo vivo le quitase frescura y animación. Temíamos que pareciese lenta y perezosa en los primeros capítulos, y un tanto atropellada hacia el final. Temíamos que, renunciando el pintor á casi todas sus ventajas indiscutibles, al paisaje, al diálogo, al provincialismo, á lo más enérgico y característico de su manera, renunciase por el mismo hecho á sus mayores triunfos. Temíamos que la forma autobiográfica y *subjetiva*, la forma de Memorias, perjudicase al fácil caudal de un ingenio tan exterior y tan objetivo, y tan poco amigo de reconditeces psicológicas. Temíamos que el mismo carácter del héroe, entidad algo pasiva, movida por las circunstancias, mucho más que movedora de ellas, comunicase cierta languidez al conjunto de la obra, impidiendo al lector interesarse sinceramente por el protagonista. Temíamos, finalmente, que el carácter en gran manera prosáico de las escenas políticas, que son la mayor parte del libro, hubiese influido en detrimento de su valor estético; y esto lo temía yo más que nadie, viendo correr con tibieza

y desaliento la pluma del autor, por las descripciones de un club ó de una redacción de periódico, como si la aquejase la nostalgia de sus montes y de sus marinas.

Y sin embargo, lo declaro ingenuamente. Pereda y yo nos hemos llevado en esta ocasión un solemnisimo chasco. *Pedro Sánchez* ha parecido, no ya á la masa de los lectores, sino á los críticos más agudos y perspicaces, la más novela entre las novelas de Pereda, la mejor compuesta y aderezada, la más grave y madura en el pensamiento, la más apasionada en los momentos de pasión, Todos han ensalzado unánimes la serena melancolía que el libro revela, la mirada firme y desengañada que el autor dirige sobre las cosas humanas, la amargura sin misantropía con que juzga nuestro estado social, y la verdad poética con que le ennoblece.

Todo esto es verdad, y, sin embargo, estimando á *Pedro Sánchez* más que nadie, no acabo de convencerme de que Pereda y yo nos equivocásemos tan de medio á medio; y sea montañesismo, sean recuerdos infantiles, vuelvo siempre con amor los ojos hacia el poeta de *La Robla* y de *La Leva*, y

por más esfuerzos que hago, no puedo simpatizar con *Matica* y sus amigos, ni con el señor de Valenzuela, como simpatizo con D. Silvestre Seturas ó con D. Robustiano Tres-Solares. *Pedro Sánchez* me parece mucho mejor novela que *El Buey suelto*; pero me quedo con *El sabor de la tierruca* y con *Don Gonzalo*.

Y por otra parte, esta opinión mía á nadie quiere imponerse. Yo en este caso soy, ante todo, montañés, y quizá me equivocaré y daré á Pereda un mal consejo, excitándole, por su gloria misma, á no salir de su huerto y á no hacer caso de los que encuentran limitados sus horizontes. Sin salir de ellos, ha encontrado la novela política en *Don Gonzalo* y en *Los hombres de pró*, la novela religiosa en *De tal palo...*, la novela ó más bien el poema idílico en *El sabor de la tierruca*, la novela social en *Blasones y talegas* y hasta la más conmovedora tragedia en *La Leva*. No hay pasión, no hay afecto, no hay interés, no hay problema, que no pueda traerse á la Montaña como á cualquiera otra región del mundo. Sólo que en Pereda parecerá todo mejor, si se viste y arrea con traje montañés. Á mí me ha encantado más

que á nadie el éxito de *Pedro Sánchez*; pero con este encanto iba mezclado en cierta dosis el temor de una deserción. Me tacharán de crítico apocado; me dirán que ésta es la novela más transcendental y más universal de Pereda, la más comprensible para todos, la más traducible... Todo esto es verdad; pero cada cual tiene sus manías: yo me vuelvo á *La Robla* y á *La Leva* y á *Suum cuique*.

Y consiste todo en que los críticos madrileños y yo juzgaremos siempre á Pereda desde puntos de vista muy distintos. Para ellos es un eminente novelista, á quien colocan entre Valera, Alarcón y Galdós; pero, en suma, un novelista á quien tasan por su valor como tal, y cuyos triunfos literarios empiezan á contar desde *Don Gonzalo*. Para mí, Pereda es, antes que toda otra cosa, el compañero y el amigo de mi infancia, el Pereda de las *Escenas*, el que en 1864 imprimía en *La Abeja Montañesa* los diálogos del *Raquero*, el Pereda sin transcendentalismos, ni filosofías, ni políticas; pintor insuperable de las tejidas nieblas de nuestras costas; de la tormenta que se rompe en las *hoces*; del alborozo de los prados

después de la lluvia; de la vuelta de las *cabañas* desde los puertos; de la triste partida del mozo que va á Indias; de la entrada triunfal y ostentosa del *jándalo*; de la alegría del hogar en Noche-Buena, amenizada por el estudiante de Corbán; de los supersticiosos terrores, que vagan en torno de la pobre *Rámila*, y la traen á miserable muerte; de la salvaje independencia de los antiguos pobladores de la calle Alta y del Muelle de las Naos, últimos degenerados retoños de los que en la Edad Media daban caza á los balleneros ingleses en los mares del Norte, y ajustaban tratados de paz y de comercio con sus reyes; y finalmente, de la casa solariega próxima á desplomarse, y apuntalada, si acaso, por los dineros del indiano; y del concejo de la aldea, donde á duras penas vegeta algún rastro de las antiguas costumbres municipales. Y para mí al nombre de Pereda van unidos inseparablemente, no Pedro Sánchez, en las barricadas ni en la oficina de un gobierno político, sino D. Silvestre Seturas, en su perpetua lucha con los curiales, heredada de tres generaciones; *Cafetera*, trincando la estopa y sosteniendo batalla campal con Pipa y los

de su cuadrilla, á la sombra veneranda del castillo de San Felipe; *Juan de la Llosa*, examinando gravemente la estampa de la *Leona* y de *La Gallarda*; *Tremontorio*, tejiendo su red ó consolando á las mujeres en la *rampa* grande del Muelle; D. Recaredo, marcados pecho y espalda por la garra de los osos inmolados en sus cacerías... El otro Pereda será una de las esperanzas; ó mejor dicho, una de las realidades de la novela contemporánea española; tendrá algo de Balzac y algo de Dickens y algo de Topffer... Yo lo reconozco, y le admiro más que nadie, y me alegro que haya demostrado esta vez que sabe hacer una novela en todo el rigor de la frase; en suma, que puede hacer cuanto hacen otros. Pero, con todo eso, el Pereda de mi más íntima predilección y fervoroso cariño será siempre el Pereda que veranea en Polanco, y que en invierno habita en el muelle de Santander, un poco antes de llegar á la capitania de puerto, en el teatro mismo de las hazañas de *Cafetera* y de la lúgubre partida de *El Tuerto*, para morir en la fiera rompiente de las *Quebrantas*.

¿Se comprende ahora por qué al principio

he confesado mi incompetencia para juzgar á Pereda? Porque yo no admiro sólo en él lo que todo el mundo ve y admira: el extraordinario poder con que se asimila lo real y lo transforma; el buen sentido omnipotente y macizo; la maestría del diálogo, por ningún otro alcanzada después de Cervantes; el poder de arrancar tipos humanos de la gran cantera de la realidad; la frase viva, palpitante y densa; la singular energía y precisión en las descripciones; el color y el relieve, los músculos y la sangre; el profundo sentido de las más ocultas armonías de la naturaleza no reveladas al vulgo profano; la gravedad del magisterio moral; la vena cómica, tan nacional y tan inagotable, y, por último, aquel torrente de lengua no aprendida en los libros, sino sorprendida y arrancada de labios de las gentes; lengua verdaderamente patricia y de legítimo solar y cepa castellana, que no es la lengua de segunda ó de tercera conquista, la lengua de Toledo ó de Sevilla, sino otra de más intacta prosapia todavía, dura unas veces como la indómita espalda de nuestros montes, y otras veces húmeda y *soledosa*; lengua que, educada en graves tristezas, con-

serva cierta amargura y austeridad aun en las burlas.

Por todo esto amo yo á Pereda; pero le amo además como escritor de raza, como el poeta más original que el Norte de España ha producido, y como uno de los vengadores de la gente cántabra, acusada hasta nuestros días de menos insigne en letras que en armas. Y esto parecerá algo pueril á los que no tienen patria ni hogar; pero como en este prólogo voy dejando hablar al corazón tanto ó más que á la cabeza, no quiero ocultar el íntimo regocijo con que oigo sonar, cercado de alabanzas, el nombre de Pereda unido al nombre de su tierra, que es la mía. En otro tiempo, los montañeses, cuando queríamos presumir de abolengo literario, teníamos que buscar entre las nieblas del siglo VIII el nombre de San Beato de Liébana, ó imaginarnos que el autor del romance del *Conde Alarcos* era paisano nuestro, porque se llamaba Riaño; ó desenterrar del fárrago del *Reloj de Príncipes* la fábula del Villano del Danubio, principal fundamento del renombre de nuestro invencionero Fray Antonio de Guevara; ó rebuscar en algún olvidado códice de la Academia de la His-

toria las fáciles quintillas con que Fr. Gonzalo de Arredondo celebró al conde Fernán González; y á duras penas podíamos ufanarnos, en tiempos menos remotos, con las gongorinas poesías líricas y las discretas comedias de D. Antonio de Mendoza (imitado alguna vez por Molière y por Lesage), ó con las novelas inglesas de Trueba y Cosío, mediano iniciador del romanticismo. Algo consolaba nuestra penuria la consideración de que «si no vencimos reyes moros, engendramos quien los venciese,» puesto que de nuestra sangre eran Lope y Quevedo.

Pero hoy ¡loado sea Dios! no tenemos ni que hacer sutiles razonamientos para apropiarnos lo que sólo á medias nos pertenece, ni que recoger las migajas de los autores de segundo orden, puesto que plugo á la Providencia concedernos simultáneamente dos ingenios peregrinos, bastante cualquiera de ellos para ilustrar una comarca menos reducida que la nuestra; montañeses ambos hasta los tuétanos, pero diversísimos entre sí, á tal punto que puede decirse que se completan. Y no creería yo cumplir con lo que pienso y con lo que siento, si no terminase este

prólogo estampando, al lado del nombre del gran pintor realista de las *Escenas Montañesas*, el nombre del pintor idealista, rico en ternuras y delicadezas, que ha envuelto aquel paisaje en un velo de suave y gentil poesía. Unidos quiero que queden en esta página el nombre de Pereda y el de *Juan García* (1), como unidos están en el recuerdo del montañésísimo crítico que esto escribe.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

POSTDATA

En los años transcurridos desde la primera edición de este prólogo, el Sr. Pereda ha publicado tres novelas más: *Sotileza*, *La Montálvez* y *La Puchera*. Como complemento de la historia de sus libros, reproduzco á continuación los dos artículos que escribí sobre la primera y la tercera de estas novelas al tiempo de su aparición.

(1) Amós Escalante, autor de *Costas y Montañas* y de *Ave Maris Stella*; dos libros que pasarán por clásicos cuando los españoles volvamos á aprender el castellano.

SOTILEZA

Siempre fué la vida marítima asunto adecuado y nobilísimo para el arte. Donde quiera que el empuje de la voluntad humana se muestra; donde quiera que la *fuerza*, principal elemento artístico y quizá razón suprema de todos los grandes efectos de la poesía, llega á revestirse de la majestad solemne y serena ó del poder avasallador y turbulento, la emoción estética se engendra necesariamente y obra con profundísima energía en el ánimo del contemplador, por avezado que esté á lo delicado y á lo tierno. Y si esta energía no se desenvuelve en el vacío de la contemplación, ni se apaga estéril en el campo de las ideas y del pensamiento puro, región helada y poco accesible á la mayoría de los humanos, sino que lucha á brazo partido con las fuerzas tiránicas de la naturaleza física ó con otras voluntades personales tan imperiosas y tan férreas como la del héroe mismo, la emoción llega á lo trágico, y en medio del conflicto se disfruta el espectáculo más digno de la

consideración humana, el que más eleva y ennoblece el espíritu, el de un poder racional y consciente en el pleno uso y ejercicio de su soberanía, que se reconoce y afirma más á sí propia cuando más braman en torno suyo las tempestades y más amenazan vencerla y sumergirla.

Y cuando estas tempestades no son metafóricas; cuando real y verdaderamente despliega el mar todas sus furias, y no por excepción, sino constante y diariamente, va educando el mar en los pueblos que le ciñen y sin cesar le hostigan y provocan á desafío, una raza tan entera, tan indomable y tan bravía como los mismos huracanes, cuyo rugido acaricia su sueño; tan áspera como las puntas de la costa, sin cesar invadidas, salpicadas y agrietadas por la deshecha espuma; tan amarga y tan acentuadamente salina en la voz y en los ademanes, como que la comunicaron su penetrante acritud las ondas mismas; tan avezada á mirar la muerte de frente, que ni cabe en su ánimo el temor pueril, ni la alegría insensata, ni el fácil y liviano contentamiento, sino una cierta melancolía resignada, un cierto modo grave, llano y sereno de mirar las cosas de

la vida como si fuese palestra continua, en que el brazo se fortifica y se dilata el pecho, y la batalla se acepta cuando viene, sin provocarla estérilmente.

Tal es la raza, tales las costumbres que ha retratado Pereda en su última novela, la mejor y más genial de las suyas. No parece sino que el asunto ha tenido virtud bastante para levantar el ingenio del autor á regiones que ni él mismo sospechaba hasta ahora. Todo el mundo le reconocía como insuperable descriptor de costumbres populares, como maestro en el diálogo, como dechado en el idilio rústico. De todas sus novelas podían citarse admirables páginas aisladas: algunos dudaban que hubiese encontrado la novela perfecta. Los más amigos del novelista, todavía más concedores que él de su propia fuerza, murmuraban siempre en sus oídos un *más allá*, y no le dejaban adormecerse con los halagos de la muchedumbre de los lectores, cuyo criterio estético se reduce á admirar lo que está más cerca de sus gustos y propensiones. Por eso, después de *Pedro Sánchez*, como después de *El sabor de la tierruca* y *De tal palo...*, oyó siempre Pereda la voz de quien mejor le

quería, repitiéndole: «Tú eres ante todo el autor de *El Raquero*, de *La Leva* y de *El fin de una raza*. Si quieres elevar un verdadero monumento á tu nombre y á tu gente, cuenta la epopeya marítima de tu ciudad natal. Dios te hizo, aún más que para ser el cantor de las flores y de la primavera, para ser el cantor de las olas y de las borrascas. Tú solo puedes traer á la literatura castellana ese mundo nuevo de intensas melancolías y de rudos afectos. Hazte cada día más *local*, para ser cada día más universal; ahonda en la contemplación del detalle; hazte cada día más íntimo con la realidad, y tus creaciones engañarán los ojos y la mente hasta confundirse con las criaturas humanas.»

Todo esto lo ha hecho Pereda, mucho más porque su buen genio se lo decía, que porque se lo dictasen al oído sus paisanos y sus amigos. Y en *Sotileza*, aquella misma robusta inspiración que había dado perpetua vida á *Cafetera*, al *Tuerto* y á *Tremontorio*, ha roto el estrecho marco del cuadro de género y penetrado en el ancho y generoso cerco de la gran pintura, poniendo con entera franqueza á sus héroes entre cielo y mar, y haciéndoles verdaderos protagonis-

tas de una acción trágica, que llega y toca á lo más alto de la pasión humana, acentuada aquí en vigoroso contraste con una naturaleza bravía y rebelde. Porque lo primero que hay que admirar en *Sotileza*, y lo que desde luego la da conocida ventaja sobre las novelas anteriores de su autor, es el tener verdadera acción, y acción tan bien graduada, tan natural, tan sencilla, tan en línea recta, tan consonante con los datos psicológicos y fisiológicos de los personajes, tan á tiempo ligada, tan á tiempo resuelta, tan ajena de todo lo que parezca artificio, violencia ó amaño, que el ánimo no puede menos de pararse gustosamente ante tan severa estructura y trama tan bien concertada. Todo el libro parece concebido en un solo aliento; los personajes han recibido al nacer tales bríos, que, semejantes á los dioses homéricos, alcanzan de un solo salto cuanto espacio puede divisar el espectador colocado á orillas del mar sobre altísima roca. Todo tiene en este libro un sello de fiereza titánica, de salvaje energía, de grandiosidad sublime: la tierra, y el mar, y los hombres. Nada hay débil, enteco ni afeminado; recorriendo tales páginas, se respira